

Las lectoras toman la palabra:
redes de escritura y legitimación en *La Ondina del Plata*

María Vicens
UBA/Conicet

“Es el Álbum una planta exótica, que se marchita rápidamente, porque la tierra donde se quiere hacer germinar es dura como la roca, y no hay un rayo de sol benéfico y amigo que la abrigue y le dé vida y calor. El Álbum está destinado a una muerte prematura...”,¹ señalaba en 1854 Juana Manso al anunciar el inminente cierre de su periódico, *Álbum de Señoritas*, apenas unos números después de que esa publicación viera la luz. Sin un público que la apoyara a través de la suscripción, ni la ayuda de instituciones para el financiamiento de la revista, la emergente figura de Manso como publicista se recortaba en soledad dentro un árido paisaje editorial para el sexo femenino. Las adelantadas como Manso tendrían que esperar dos décadas para concretar la ambicionada continuidad en este tipo de propuestas: alrededor de 1875 comienzan a desarrollarse varios proyectos editoriales que tienen a *las lectoras* como principales destinatarias, y que presentan relativo éxito y sistematicidad. Publicaciones como *La Ondina del Plata* (1875-1880), de Luis Telmo Pintos, *La Alborada del Plata* (1877-1878 y 1880), de Juana Manuela Gorriti, *El Álbum del Hogar* (1878-1880 y 1886-1887), de Gervasio Méndez, y *Búcaro Americano* (1896-1901 y 1905-1908), de Clorinda Matto de Turner, conformaron un circuito de revistas durante el último cuarto del siglo XIX en el que se entrecruzaban relatos literarios, poesías, ensayos de carácter moral y/o político, textos e imágenes sobre moda, así como crónicas sobre los principales círculos de sociabilidad porteña de la época.

¹ “A nuestras suscriptoras”, *Álbum de Señoritas*, n° 5, 29 de enero de 1854, p. 30.

La constitución de este circuito está fuertemente vinculada al impacto de una de las premisas que la élite dirigente retomaría de la generación romántica en el proceso de construcción del Estado moderno argentino: la promoción de la lectura como herramienta fundamental de progreso. La puesta en práctica de esta idea a través del desarrollo de instituciones y el impulso de planes educativos, entre otras instancias, genera hacia los '80 un amplio abanico de representaciones y contrastes en el campo periodístico y literario que como señala Graciela Batticuore, abarcan desde “*la lectura ejemplar y civilizadora a la lectura temible que corrompe*”.² Identificadas tradicionalmente con un tipo de sensibilidad excesiva y permeable a las tentaciones del lujo y la “vida fácil”, las mujeres se convierten en un sector emergente del público lector que debe recibir particular atención y las revistas literarias destinadas a ellas, en uno de los espacios privilegiados donde se materializaría esta voluntad de guiar (y controlar) la lectura femenina.

Entre la virtud y el vicio

Todos los periódicos mencionados anteriormente se insertan de manera general en esta línea, ya que defienden la educación de la mujer como idea general, pero atravesada por un estricto código moral y por claros límites respecto a qué debían leer las *madres republicanas* para ejercer su influencia benéfica en un hogar virtuoso. La lectura es peligrosa sin una tutela adecuada, especialmente en el caso de las mujeres jóvenes, más propensas a “excitar” su imaginación. Así lo explicitaría *La Ondina del Plata*, revista literaria dirigida por Luis Telmo Pintos que tuvo una importancia clave en la constitución de este circuito de revistas por ser el primer periódico de este tipo en superar el año de publicación, tener una sólida base de suscriptoras que ascendió a 2 mil familias y reunir a un importante número de escritoras sudamericanas como colaboradoras. En el prospecto del número inaugural del 7 de febrero de 1875, dirigido específicamente a “las madres de

² Batticuore, Graciela. “Libros, bibliotecas y lectores en las encrucijadas del progreso”, en: Noé Jitrik (dir.), *Historia crítica de la literatura argentina*, vol. III, *El brote de los géneros* (dir. Alejandra Laera), Buenos Aires, Emecé, p. 414. Para un análisis detallado de la lectura en este período también me remito a: Prieto, Adolfo, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988 y Susana Zanetti, *La dorada garra de la lectura, Lectoras y lectores de novela en América Latina*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2002.

familia” y “a las niñas”, se advierte sobre las pasiones que acosan a la mujer y la lucha que esta debe enfrentar para contenerlas. En este punto, se señala la función del semanario:

[...] nos proponemos secundar, en nuestra humilde esfera, los loables esfuerzos de las madres en la tarea ardua, trabajosa pero noble y fructífera de la educación moral e intelectual de sus hijas. Para ello, hemos adoptado el medio más propio y conducente al logro de nuestro propósito: la publicación de un periódico.³

El semanario construye un lugar de legitimación como *tutor* de las lectoras jóvenes, función que buscará reforzar a través de una serie de relatos morales, muy comunes en sus primeros números. En este tipo de “textos-advertencia” se previene sobre amigas que son malas consejeras, los peligros del baile y de las fiestas del carnaval, las promesas de los hombres, las ambiciones de lujo, y, sobre todo, el deseo que esas tentaciones generan. Todo tipo de exceso que pudiese afectar la virtud de las jóvenes argentinas será censurado y la lectura estará incluida dentro de este grupo, al ser considerada una puerta de ingreso al mundo de la imaginación “exacerbada”. Así aparece claramente plasmado en el “La virtud y el vicio”, texto del colaborador Adam en el que los caminos de la mala vida presentan incluso una guía de *lecturas tentadoras*. En este relato, una amiga le dice a otra:

Ay, amiga mía [...] Tú me hablabas de un marido, yo de muchos adoradores, yo de brillantes; tú de la familia, del hogar, de los hijos, yo de bailes, de teatros, de lujo. En tu mirada había algo como una esperanza risueña; en mi alma algo como una sed embriagadora. En los momentos de ocio, tu leías *Tardes de la granja* ó alguna novelita de Fernán Caballero, yo me ocultaba para devorar las páginas de una novela de Pablo Kock o de Pigault Lebrun. Tú sabías de memoria los versos de Fray Luis de León; yo recitaba con todo mi corazón el *Diablo Mundo* de Espronceda.⁴

De la cita surgen claramente dos modelos de lectura: *la pedagógica* y, especialmente, *mesurada*, que se identifica con las lecciones morales de Ducray Duminil y Cecilia Böhl y con la poesía ascética de Fray Luis de León; o *la apasionada*, que mezcla el romanticismo de Espronceda con las novelas de Kock y Lebrun, peligrosas por su carácter aventurero y sentimental, más allá de que se presenten como relatos morales. Pero la cuestión no es solo *qué se lee*, sino *cómo se lee* y *qué se busca en la lectura*: mientras que la amiga virtuosa aprovecha su tiempo de ocio para ilustrarse, la narradora *devora páginas a escondidas*.

³ “Al público”, *La Ondina del Plata*, año I, n°1, 7 de febrero de 1875. p. 1

⁴ Adam, “La virtud y el vicio”, *La Ondina del Plata*, año I, n° 3, 21 de febrero de 1875, p. 27.

Demás está aclarar que estos dos modos de leer van desembocar en dos destinos tajantes e inmutables: la virtud o el vicio. La presencia de este tipo de personajes en la publicación preanuncia de alguna manera las representaciones de lectoras adúlteras que van a surgir como tópico en la novela de los '80, en textos como *La gran aldea* (1880), de Lucio V. López, *¿Inocentes o culpables?* (1884), de Antonio Argerich, o *Ley social* (1885), de Martín García Mérou, y que, como señala Batticuore,⁵ se vincula con la vuelta de un fantasma tradicional que relaciona la lectura femenina a la pérdida del honor, en contraposición al modelo de lectora romántica que había sido inmortalizado en *Amalia* (1844), de José Mármol.

Lectoras inspiradas

Frente a este panorama, una de las preguntas más tentadoras que surge de estas figuraciones es cómo reaccionan las lectoras reales ante los modelos planteados por el periodismo y la literatura. Un interrogante que en este caso puede ser analizado, ya que *La Ondina del Plata* no solo tuvo miles de suscriptoras, sino que muchas de ellas participaron de manera activa en la publicación. De hecho, este es uno de los aspectos más atractivos del periódico de Pintos: el desarrollo de múltiples estrategias para captar un sector emergente del público lector como el femenino. Además de ofrecer figurines de moda dibujados en París, descuentos para quienes compren la revista de manera mensual y visibilizar a sus seguidoras a través de la publicación de la lista de suscriptores, *La Ondina del Plata* invitará de manera sistemática a enviar todo tipo de colaboraciones e incluso buscará interpelar a sus lectoras a través de adivinanzas, cuyas respuestas se publican firmadas en la revista. Pero, ¿cómo responden las mujeres ante estas estrategias de seducción? Desmarcándose de los roles de madres e hijas que el periódico les había destinado en un principio, comenzarán a aparecer otras voces y otros intereses en el semanario. Ya no se trata exclusivamente de hablar del vicio y la virtud, como demuestra la carta firmada por “dos suscriptoras” en la que piden a Pintos que dé su opinión sobre el derecho de las mujeres a acceder a empleos públicos⁶ o la de “una antigua maestra” que agradece la

⁵ Batticuore, *op. cit.*, p. 421.

⁶ “Correo noticioso”, *La Ondina del Plata*, año I, n° 17, 30 de mayo de 1875, pp. 203-204.

publicación de un artículo sobre este oficio.⁷ Más interesante todavía es el hecho de que la mayoría de estas epístolas se proponen en realidad ofrecer textos en colaboración. Así lo muestra el escrito de la uruguaya María Luisa Rodríguez, publicado en el segundo año de la revista, en el que la joven señala:

He llegado a los veinte años sin haberme atrevido á publicar una línea de las producciones de mi espíritu, y sin embargo, cuánto lo hubiese deseado, pues viviendo siempre en el campo, por la salud delicada de un miembro de mi familia, cuántas veces no me sentido inspirada [...] Entonces deseaba poder comunicar á otros lo que yo sentía en ese momento inspirándome en la belleza de la naturaleza, y en los ejemplos que me daban mis constantes compañeros de soledad y melancolía, Lamartine, Hugo, Byron, Shakespeare, Cervantes y Fray Luis de León. Este sueño de mi imaginación puede realizarse hoy, si Ud. mi amigo, mi hermano en las ideas, quiere dignarse aceptar algunas de las pobres fantasías que he compuesto [...]⁸

Pintos no solo aprueba la inspiración romántica de esta colaboradora, sino que publica sus textos y la estimula para que siga escribiendo. De la carta de María Luisa surge *otro modelo de lectura*, no proyectado por el director de la revista en sus comienzos: los “compañeros de soledad” de esta joven no la llevan por los caminos sinuosos de la tentación ni le muestran virtuosas enseñanzas, sino que generan en ella *el deseo de compartir su inspiración, de convertirse en escritora*. Y *La Ondina del Plata*, con su explícita política de estimular esta participación, se convierte en la condición de posibilidad de este pasaje de la lectura a la escritura.

El caso de María Laura no va a ser el único: en su segundo año de vida, el semanario de Pintos se ve desbordado por las colaboraciones de lectoras que se animan a escribir, al punto de que su director tiene que pedir disculpas permanentemente por no llegar a incluir el material remitido. Uno de los casos más atrayentes es el de Adelfa, una suscriptora que comienza a participar en el periódico respondiendo las adivinanzas que Pintos publica en la última página de la revista y que pronto se convierte en una colaboradora sistemática, con una sección propia de crónica social titulada “Ecos de la *Ondina*”. Adelfa desarrollará además estrategias de contacto y reconocimiento con otras escritoras, a través de las dedicatorias de otros textos y cartas que también remite al

⁷ “Correo noticioso”, *La Ondina del Plata*, año I, n° 33, 19 de septiembre de 1875, p. 395.

⁸ Correo noticioso, *La Ondina del Plata*, año II, n° 7, p. 83.

periódico. Otra de las mujeres que dará sus primeros pasos en las letras porteñas como lectora de la revista será la uruguaya Lola Larrosa, quien también comienza respondiendo charadas en *La Ondina*, para convertirse progresivamente en una escritora reconocida, que codirigirá con Juana Manuela Gorriti la segunda época de *La Alborada Literaria del Plata* (1880) y publicará novelas como *¡Hija mía!* (1888), *El lujo* (1889) y *Los esposos* (1893). Larrosa va a implementar estrategias muy similares a las de Adelfa, publicando en la revista de Pintos cartas, dedicatorias y comentarios valorativos sobre otras colaboradoras de la revista.

Estas instancias de contacto y reconocimiento alimentan una red de escritoras sudamericanas que comenzaba a configurarse por esos años, de la mano de literatas ya consagradas como Juana Manuela Gorriti (quien alterna en esos años su residencia entre Lima y Buenos Aires). Este proceso se visibiliza claramente en las páginas de *La Ondina del Plata*. Escritoras como las argentinas Josefina Pelliza de Sagasta, María Eugenia Echenique, Raymunda Torres y Quiroga; peruanas como Mercedes Cabello de Carbonera y Carolina Freyre Jaimés (a quienes Gorriti contacta con Pintos) y chilenas como Amelia Solar de Claro y Quiteria Vargas se dedican textos entre sí e incluso debaten públicamente sobre ciertas temáticas como el rol de la mujer en la sociedad, reconociéndose como colegas en estos gestos y construyendo redes de sociabilidad entre ellas. Ambos aspectos serán fundamentales en el proceso de legitimación de la figura de la escritora sudamericana a finales del siglo XIX. Lejos de sentirse intimidadas por estas firmas ya instaladas, las lectoras del semanario se integrarán a su manera en esta red. Porque estas suscriptoras no solo van a publicar sus poesías y relatos, sino que también van a comenzar a dirigirse a otras colaboradoras de la revista, muchas de ellas literatas ya reconocidas en ese momento.

A partir del segundo año del periódico es muy común encontrar textos de lectoras firmados con seudónimos que comentan e incluso polemizan con ensayos que tratan temas como la emancipación de la mujer, su rol en la sociedad o su derecho a acceder al mercado laboral. Uno de los ejemplos más interesantes es el texto “La lectura”, en el que su autora, Mercedes Cabello de Carbonera, intenta evitar el modelo bipolar de lectoras virtuosas o enviciadas, para valorar en su lugar la “sed insaciable” de conocimiento que esta práctica genera.⁹ Este ensayo es comentado por una lectora que firma con siglas M. C. M., quien

⁹ Cabello de Carbonera, “La lectura”, *La Ondina del Plata*, año II, n° 8, 20 de febrero de 1876, p. 87.

cita el texto de la novelista peruana y lo aprovecha para plantear, una vez más, la peligrosa influencia que esta práctica puede generar en las mentes jóvenes, siguiendo la línea más tradicional del semanario. Así, la suscriptora enfatiza: “Ignorantes que apenas saben leer, para quienes cualquier libro es un evangelio, se embriagan en la lectura de esas páginas encantadoras y fatales que exaltan su cerebro”.¹⁰ Lo que me interesa destacar en este punto es la *actitud de paridad* que surge del texto de M.C.M: una suscriptora que firma con seudónimo le contesta de igual a igual (no a través de una carta de lectores, por ejemplo) a una escritora con cierto reconocimiento para ese momento, evidenciando lo cómoda que se siente en ese espacio de escritura y hasta qué punto habían funcionado las tácticas de seducción de Pintos.

El dinamismo que generan estos intercambios y estrategias de reconocimiento entre las literatas y lectoras de *La Ondina del Plata* será, sin duda, una de las claves de su éxito. La presencia de estas redes de escritura y legitimación crecerá de tal modo en el periódico que incluso reorientará sus propósitos iniciales. Al cumplir su quinto aniversario, y con una sólida nómina de colaboradoras que daban prestigio a su revista, Pintos destaca:

La literatura ha encontrado en las jóvenes argentinas, como en las demás secciones americanas, intérpretes elocuentes de lo bello. Las letras nacionales que estaban privadas de la colaboración de la mujer, se han enriquecido con multitud de producciones que aumentarán su caudal literario a medida que esas facultades adquieran toda la plenitud de su desarrollo. *La Ondina* ha hecho algo más que despertar el amor al estudio en la compañera del hombre: ha ejercido verdadera influencia en el movimiento literario del país [...]¹¹

Lejos de fundamentar su perdurabilidad en esa rígida función pedagógica que proponía en un comienzo, el director de *La Ondina del Plata* legitima la importancia de su revista en su intención de promover a jóvenes argentinas que dan sus primeros pasos en las letras. Este, de hecho, es uno de los aportes fundamentales del periódico: visibilizar a un grupo emergente de escritoras sudamericanas y a un público femenino mucho más complejo y activo de lo que la propia revista había proyectado en un comienzo. *La Ondina* se convierte así en el puntapié inicial de un circuito revistas literarias que hace de las lectoras sus principales destinatarias y que pronto sería secundada por periódicos como *La Alborada del*

¹⁰ MCM, “La lectura”, *La Ondina del Plata*, año II, n° 12, 1876 , p. 137.

¹¹ “Otro año”, *La Ondina del Plata*, año V, n° 1, 5 de enero de 1879, p. 13

Plata, de Gorriti, o *El Álbum del Hogar*, de Gervasio Méndez. Ese público que Juana Manso tanto había buscado aparecía, con veinte años de retraso.